

vocacion de tantos obispos y la imposibilidad en que se hallaron muchos de asistir á esta asamblea, no era ya un atentado á su libertad y á su integridad. Despues de la sesion del 17 de junio, ya no hubo mas que congregaciones particulares, ó generales, las cuales se verificaron en el arzobispado. La primera de estas acaeci6 á 20 de junio, en la cual se introdujo despues de la misa el ministro de los cultos, sin que se esperase su presencia. Sorprendió su llegada á todos los miembros, escepto los que estaban orejeados en el secreto. Inmediatamente leyó el ministro un decreto de su amo, diciendo 1º que aprobaba la presidencia del cardenal Fesch, aunque no se lo hubiesen demandado. 2º que se nombraria una mesa encargada de la policia de la asamblea. Esta última medida pareció inusitada y escitó reclamaciones. Sobradamente se echaba de ver con esto que Bonaparte queria dominar tambien en el concilio, y ya habia especificado que los dos ministros de los cultos para la Francia y la Italia formarian parte de esta mesa. En la discusion que se suscitó sobre este particular, declaróse el cardenal Fesch por el decreto, y su acuerdo arrastró el de toda la asamblea. Nombrósele miembro de la mesa de por junto con los arzobispos de Burdeos y de Ravena, y el obispo de Nantes. La primera discusion acarreó otro incidente, y se discutió si los eclesiásticos nombrados para obispados tendrian voto deliberativo. El ministro de los cultos quiso dar su dictamen en

medio de esta discusion, y con mucha pena le dieron á entender que no debia dar ningun dictamen; y que ya era mucho sobrellevar su presencia en una asamblea de obispos, donde debia permanecer de todo punto pasivo en todas las deliberaciones. Eligióse luego cuatro secretarios y dos promotores. Los primeros fueron los obispos de Albenga, de Brescia, de Montpellier y de Troyes; los segundos, los obispos de Como y de Bayeux. El ministro de los cultos leyó tambien un mensaje del emperador al concilio, el cual era un verdadero manifiesto contra el Papa, concebido en los términos mas ásperos y mas ofensivos; pues segun este mensaje, Pio VII era la causa principal de todos los males de la Iglesia. Sus exageradas pretensiones, su adhesion á lo temporal eran lo que habia alterado el orden y la paz, al paso que eran altamente dignas de elogio las solicitudes religiosas del emperador, el cual no habia perdonado medio ni fatiga para restablecer la paz; y si se habia visto obligado el emperador á desplegar toda su pujanza y apoderarse de Roma y de los Estados de la Iglesia, culpa habia sido de la denegacion del Papa sobre conferir bulas en Italia desde 1805 y en Francia desde 1808; de los breves dirigidos á París y á Florencia, y últimamente de los poderes extraordinarios conferidos al cardenal di Pietro. Declaraba contra la doctrina de los Gregorios y Bonifacios, contra la bula *in Cæna Domini*; y declaraba que no suportaria la residencia en Francia de vica-

rios apostólicos; que el concordato ya no existía, puesto que el Papa lo había violado; que era de consiguiente necesario recurrir á modos diferentes para las instituciones canónicas, y que atañía al concilio indicar el cual juzgase mas á propósito para ello. Luego que el ministro hubo leído este mensaje redactado en francés, Codronchi, arzobispo de Ravena, tuvo la complacencia de leerlo en italiano, á fin de que lo penetrasen sus compatriotas. Ocioso es decir el efecto que hizo dicho mensaje, en el cual cada uno echó de ver una diatriba tan poco digna de un soberano, como insultante para el gefe de la Iglesia. Túvose la segunda congregacion á 21 de junio. Nombróse para la redaccion de la contestacion al emperador una comision compuesta del cardenal Caselli y de seis obispos, y otra encargada de presentar un reglamento que no sirvió. Resolvióse tambien que se invitase el S. Dalberg, arzobispo de Ratisbona, el cual se hallaba en París, á que asistiese á las congregaciones, como igualmente su sufragáneo el obispo de Cafarnaum. En la tercera congregacion general, habida á 25 de junio, suscitóse una discusion que llenó casi toda la sesion. Tratábase de determinar si los eclesiásticos nombrados para obispados tendrian voto deliberativo. El gobierno estaba por ellos, los trataba ya como obispos, y hubiese querido por lo tanto que se hallasen en el concilio bajo el mismo pie que los demas miembros. Agitóse fuertemente la cuestion, y ya se pre-

veia que la decision del concilio iba á rechazar las pretensiones de los obispos nombrados, cuando se sugirió á uno de ellos declarar que puesto que lo que ellos pedian chocaba contra tantas dificultades, preferian desistir á ser objeto de contiendas, y que de consiguiente no se hablase de tal asunto. Nombróse en esta misma sesion una comision encargada de responder al mensaje, compuesta de los cardenales Spina y Caselli, de los arzobispos de Tours y de Burdeos, y de los obispos de Nantes, de Treves, de Tournay, de Gand, de Commachio, de Yvrea y de Troyes, introduciendo tambien en ella al arzobispo de Ratisbona con su sufragante. Leyóse un proyecto de mandato del concilio, y se halló que debian hacerse algunas modificaciones en la redaccion. El 26 de junio se reunió la cuarta congregacion y se trató de la contestacion. Una carta del gran maestre de ceremonias previno que Bonaparte recibiria el concilio el domingo inmediato, y que estaba deseando que se le comunicase la contestacion de antemano. Grandes fueron los debates que promovió la lectura de su proyecto, y los prelados italianos se quejaron altamente sobre que se hubiesen seguido los cuatro artículos de 1682, los cuales ellos no reconocian. Entonces se vió qué caso debia hacerse de las esposiciones que el gobierno habia publicado y esparcido con tanta afectacion algunos meses antes; puesto que estos mismos obispos á quienes se habia hecho usar un lenguaje tan poco favora-

ble á las prerogativas de la Iglesia romana, fueron los primeros en reclamar en su favor. El obispo de Brescia leyó y depuso en la mesa, tanto en su nombre como en el de muchos de sus colegas italianos, una protesta contra esta parte de la contestacion, y en medio de esta discusion el obispo de Chambery propuso trasportarse en masa al pie del trono y reclamar allí la libertad del santo Padre. En igual sentido hablaron el obispo de Jerico, el sufragáneo de Munster y el obispo de Namur. Cierto que era lo menos que debia hacer el concilio en favor del gefe de la Iglesia; y el paso propuesto por estos prelados, hubiese sido una protesta honrosa contra la violencia y la injusticia; pues no debian los obispos contemplar tranquilamente al primero de las pastores aherrrojado. Sin embargo, objetóse que era preferible abstenerse de una manifestacion pública, y que seguramente se conseguiria mejor obrando secretamente, y aguardando ocasion mas favorable. Tal fué el parecer del presidente, cuyos cálculos de prudencia humana, en los cuales entró sin duda algo de miedo y pusilanimidad, se llevaron la ventaja sobre consideraciones tan dignas de una reunion de obispos. En la quinta congregacion general, tenida á 27 de junio, se leyó de nuevo la contestacion, redactada por el obispo de Nantes, y aun cuando ya la hubiese modificado la comision, encargada de este asunto, sufrió todavía muy fuerte oposicion. Defendióla su autor acaloradamente, y en el

fervor de la discusion se le escapó decir que se habia visto en la precision de leerla tal cual estaba, y que habia merecido la aprobacion del emperador. Indignóse la asamblea entera contra esta confesion servil, redujo al silencio y llenó de confusion á ese obispo, de quien se iba diciendo ya que era uno de los instrumentos mas dóciles y mas activos de la corte. Los debates mas acalorados fueron los relativos al párrafo, donde se trataba de la escomunion. Grande honor se hizo el obispo de Soissons en este momento, por el modo con que patentizó su adhesion al Papa. Por último se adoptó la contestacion, despues de haber suprimido lo que concernia á la escomunion, y se convino en que no la firmarian mas que los miembros de la mesa. A pesar de esto, no dejaba el enemigo de la Iglesia de echar mano de todo para llegar al término de sus deseos; así es que tenia sus emisarios en el concilio, solícitos y encargados de instruirle de todo lo que pasase en él; seducia á unos obispos, é intimidaba á otros; y descontento de las modificaciones que se habian introducido en la contestacion, no quiso recibirla, y dió una contra orden á la diputacion que debia presentarla. Ordenó en seguida que se ocupasen inmediatamente en el objeto de la convocacion del concilio, y en su consecuencia la comision anteriormente formada, á la ocasion del mensage, tuvo frecuentes sesiones, durante las cuales permaneció el concilio como suspenso, y no hubo mas congregaciones generales.

Reuniase esta comision, ó congregacion particular en casa del cardenal Fesch; su primera sesion se tuvo á 28 de junio, y al dia siguiente la segunda; mas no se hizo en ambas otra cosa que preludiar la discusion. El lunes 1º de julio, leyó el obispo de Nantes, la relacion de todo lo que habia hecho en la comision de obispos de 1810, y los obispos de Gante y de Tournay comunicaron un trabajo que habia hecho cada uno sobre la materia, pero en un sentido diferente del del obispo de Nantes. Descendieron por fin á algunos detalles sobre lo que habia acontecido en Savona. Ya el obispo de Nantes habia hecho una relacion muy abreviada, en una de las asambleas que se tuvieron en casa del cardenal Fesch, antes de la apertura del concilio; mas desde entonces ya no se habia hecho mas mencion de ello, y era verdaderamente extraño para muchos que se tardase tanto tiempo á comunicar á los obispos un acto que los interesaba tan de cerca. Por lo tanto leyó el arzobispo de Tours, uno de los diputados de Savona, la nota que se decia haber aprobado el Papa, de la cual hemos hablado en el artículo anterior. Destituido de todo caracter de autenticidad este documento no pareció dejar grande impresion en los ánimos de la comision. A 3 de julio, se empezó á tratar seriamente la cuestion de la competencia del concilio, sobre buscar medios capaces de suplir las bulas pontificales, lo que, propiamente hablando, constituia el único objeto del mensaje. El obispo de Nantes pidió si po-

dian pasarse sin bulas en un caso de necesidad. Mas la comision se negó á colocar la cuestion en este terreno, y se redujo á preguntar si en las circunstancias en que se hallaban, era competente el concilio para ordenar otros medios de instituir á los obispos. Los tres diputados de Savona votaron afirmativamente como era de esperar: los ocho miembros restantes fueron de parecer contrario, absteniéndose de votar el cardenal Fesch. Despues de muchos incidentes y diversas proposiciones, declaró la congregacion, á 5 de julio, su opinion, diciendo: *que antes de dar su voto acerca de las cuestiones que se le habia propuesto, el concilio, para conformarse á las reglas canónicas, debia solicitar el permiso de enviar al Papa una diputacion que le espusiese el estado deplorable de las Iglesias, y que conferenciase con S. S. acerca de los medios de remediarlas.* El presidente tuvo á su cargo presentar esta respuesta á su sobrino, el cual se mostró sumamente encolerizado, amenazando disolver el concilio y obligar á los metropolitanos que instituyesen á los obispos. Los prelados que le rodeaban aseguraron que á duras penas pudieron apaciguarlo, y aun no pudieron conseguirlo sino concertando un proyecto de decreto, con el cual se podian conjurar y no de otro modo los males que estaban amagando. Hé aquí en qué términos estaba concebido. 1º *Los obispados no pueden permanecer vacantes mas de un año, lo mas largo, y durante este tiempo debe verificarse el nombramiento, la in-*

stitucion y la consagracion. 2º El emperador nombrará para todas las sillas vacantes conforme á los concordatos. 3º Seis meses despues del nombramiento, hecho por el emperador, lo mas largo, el Papa conferirá la institucion canónica..... 4º Espirados los seis meses hallaráse el metropolitano investido por la concesion que hará el mismo Papa, y deberá proceder á la institucion canónica y á la consagracion. 5º El presente decreto se someterá á la aprobacion del emperador. 6º El concilio suplicará á S. M. que permita á una diputacion de obispos, presentarse al Papa, para darle gracias, por haber puesto un término á los males de la Iglesia mediante sus concesiones. Presentóse este decreto como una estremada condescendencia del emperador y como un beneficio del cual era menester darse prisa en aprovecharse; y los obispos que estaban en posesion de su confianza, encarecian muchísimo la pena que habian tenido que suportar para obtener tan favorables artículos. Sus afectadas demostraciones no hicieron sino una efimera impresion: poco se tardó en coñocer lo artificioso que era tal decreto; pues si habia hecho el Papa las concesiones del 19 de mayo, no era menester que las adoptase el concilio; y si no las habia hecho, no debia el concilio suponerlas ni prevenirlas. Con todo, en la sesion de la congregacion del 7 de julio, solo rechazaron el proyecto el arzobispo de Burdeos y el obispo de Gante; pero al dia siguiente retractaron otros seis miembros su aprobacion dada

ex dia antes y solo hubo cuatro votos en favor de la aceptacion pura y simple del decreto. Examinóse de nuevo en esta sesion el proyecto y las concesiones del 19 de mayo, y la mayoría de la comision fué de parecer que el susodicho decreto, antes de tener fuerza de ley, debia someterse á la aprobacion de su santidad, cláusula que se debia insertar en él, habida razon 1º de que la concesion de su santidad no estaba en las formas, 2º de que la adicon que se derivaba de ella relativamente á la institucion de los metropolitanos, no se hallaba testualmente comprendida en las concesiones que habia hecho el Papa. El encargado de redactar un dictamen en este sentido fué el obispo de Tournay, el de Troyes lo modificó, habiéndole instado á ello, y luego se leyó en la congregacion general del concilio del 10 de julio. Decíase en él que puesta á votacion la cuestion sobre saber si el concilio nacional es competente para pronunciar acerca de la institucion canónica de los obispos, sin la intervencion previa del Papa; en el caso en que el Concordato se declarase abolido por S. M., la mayoría habia pronunciado la incompetencia del concilio hasta en caso de necesidad. Consecuente á lo cual proponia la comision un mensaje al Papa para someterse el proyecto de decreto, y la deliberacion se prorogó para el dia siguiente. Mas á la tarde del propio dia, exasperado Bonaparte, al ver contrastado todavia el proyecto que se habia presentado á sus órdenes, dió un decreto,

disolviendo el concilio, el cual se notificó el 10 por la tarde al cardenal Fesch y el día siguiente á todos los miembros. El resentimiento del déspota fué á estallar aun contra los obispos á quienes habia creído mas contrarios á los trabajos sometidos á la comision. El obispo de Gante ya habia caido de su favor á causa de haberse negado al juramento de la legion de honor; el de Tournay habia redactado el dictamen de la comision, y el de Troyes habia tomado á su cargo revisarlo. De consiguiente prendióse á estos tres prelados, durante la noche del 12 de julio, y se les condujo á la torre de Vincennes, donde se les puso en la incomunicacion mas rigurosa, sin plumas, sin libros, sin tinta, ni papel. Igual suerte amagó al arzobispo de Burdeos, el cual no era menos culpable á los ojos de Bonaparte que los tres prelados antecedentes; puesto que en todas ocasiones habia manifestado su profunda adhesion á las reglas; sin embargo, no se quiso dilatar mas la venganza, y se creyó, á lo que parece, que ya se habia sembrado bastante el terror entre los obispos, por medio de este golpe de autoridad. Algunos de ellos se marcharon inmediatamente á sus diócesis, otros se creyeron atacados en la persona de sus colegas, y no parecia sino que se hubiese vuelto á los tiempos en que los Constancios, los Valencios y los Justinianos, no reunian concilios con mas objeto que con el de hacer triunfar el error y obligar á los obispos á que satisficiesen sus caprichos. Pero á lo menos hasta este

día habian conservado los obispos reunidos en París el honor de su caracter, y habian dado pruebas, en todo lo que es esencial, de su valor para resistir al opresor de la Iglesia. Habíase querido separarlos de la santa Sede; á la cual se hallaban fuertemente adictos, y tanto las amenazas de Bonaparte, como los artificios de sus agentes vinieron á estrellarse contra la unanimidad de sus resoluciones. Su disolucion súbita y la prision de tres de sus colegas, eran una prueba evidente de la violencia que se habia querido emplear para con ellos, y realzaban sobre manera el carácter de sus deliberaciones. Habíalo errado de por medio la tiranía; burlados se contemplaban los fautores del cisma y de la discordia, y los amantes de la iglesia aplaudian estrepitosamente esta conclusion de un concilio, cuya formacion, atendidos los planes de Bonaparte, habia podido inspirarles mas de una zozobra.

— El 27 de julio, convocacion de los obispos en casa del ministro de los cultos. Disuelto ya un concilio que se habia convocado por las ganas de dominar y enredarlo todo, y que se habia destruido por un acceso de cólera, se trató de hacerlo resucitar al influjo de nuevo capricho. Exasperado Napoleon al verse contrariado en sus designios, no hablaba mas que de medidas terribles. Dícese que proyectaba dejar á un lado al Papa y á los obispos, y hacer que el cuerpo legislativo redactase una ley para el arreglo y modo de la institucion de los